

Isabeau, la "Neska" que dijo: «¡ENNÉ!»

Por Adán ECHECALTE



Hasta que el feminismo ha venido a imponerse con fuerza avasalladora, política y socialmente, sólo los varones del País Vasco presumíamos de haber contribuido al engrandecimiento de la Historia Universal con una cantidad de personajes ilustres: Elcano, Churruca, Garay, Ignacio Manuel de Altuna -el amigo tan encomiásticamente citado por J. J. Rousseau-, Urbina, Zumalacárregui, etc., y, en la literatura, Pipaon; el bizarro escudero vencido, pero con honra, por Don Quijote tras fiera batalla; don José, el de "Carmen", etc., y no citemos a Zalacain, por no herir la modestia de nuestro amigo Baroja, ni a Ramuntcho, el de Pierre Loti -muerto ya como Viaud y como Loti- por ser reflejo de la cursilería del autor y tan falso como los "vrais types basques" que se exhiben en los escaparates de Biarritz.

A las mujeres euzkaldunas sólo a título de colaboradoras anónimas les permitimos el acceso a la inmortalidad. Es evidente que sin ellas -cherchez la femme- jamás se hubieran dado aquellos hombres ilustres en el concepto de los historiadores.

En estos últimos tiempos, coincidiendo con la voga de Freud y sus complejos, con Voronoff y sus injertos sexuales, con Marañón y su divulgación de las teorías de la doble sexualidad, se popularizó el nombre de una fémina ilustre, precursora inmortal del coronel Barker, que resultó coronela, y del médico yanqui, que, no hace mucho tiempo aun y en su lecho de muerte, se convirtió en doctora. Esta mujer ilustre fué Catalina de Erauso, la donostiarrá inmortal que huyó del convento, sentó plaza, se batió por la Patria con los indios de América y repartió mandobles y cuchilladas a barateros y tahures por cuestiones de vino y de juego. El nombre de la Monja Alferéz quedará en la historia, en la literatura y en la endocrinología. Fué marimacho con varios siglos de anticipación a la moda; fué además, honrada, pues si bien hizo discretamente la corte a la hija de un rico estanciero, según nos informó Adrián de Loyarte en uno de sus artículos, huyó antes de que se efectuara el matrimonio, a diferencia de esa audaz coronela y esa impía doctora, que se casaron con todos los requisitos de la ley, de uniforme y frac respectivamente. Era Catalina de Erauso una buena guipuzcoana, y, como tal, temerosa de Dios, aunque la naturaleza hubiese sufrido con ella una grave equivocación glandular.

Un verso, escrito en Francia y en el año 1461, nos ha descubierto otra mujer inmortal, llamada Isabeau y a la que suponemos nacida en el país vascofrancés. De ella sabemos bien poco; ignoramos si fué moza garrida o contrahecha, noble o plebeya, honesta o liviana, discreta o estúpida; tampoco nos son conocidas sus hazañas ni los títulos que la hacen acreedora a la gloria.

Solo por conjeturas nos hemos de guiar si tratamos de reconstruir su figura. Su título histórico se lo da una sola palabra que pronunció, y en esto fué Isabeau también pre-

cursora; se adelantó a Cambronne, que ha pasado a la historia junto con una palabra, expresión de un concepto que huele y no a ambar.

Hagamos constar enseguida que Isabeau no pronunció la palabra de Cambronne. Isabeau -concisa, parca y sobriadiz que dijo: ¡enné!. Y hela ahí, por virtud de una sola palabra -¡enné!, ni más ni menos-, palabra de magia en este caso, elevada a la inmortalidad, como en los cuentos de hadas

¡Enné! -así, pronunciando distintamente las dos enes- es la ingenua exclamación de sorpresa usada casi exclusivamente por nuestras mujeres, pues el sexo fuerte, aun hablando en euzkera, recurre a las blasfemias e imprecaciones castellanas para exteriorizar sonora y explosivamente sus estados de ánimo. El ¡enné!- que en boca de una mujer vasca es extremadamente expresivo y susceptible de infinidad de matices- es una interjección nacional, para andar por casa y fugaz; por eso nos ha pasmado el verla impresa e inmortalizada.

Claro está que para otorgar la inmortalidad es preciso ser un dios o tener el "quid divinum", que solo ceden los dioses a los poetas, a algunos, muy pocos, poetas, y por un poeta vive eternamente Isabeau. François Villon la hizo inmortal con sólo dedicarle un verso en su Gran Testamento:

Et Isabeau, qui dit: "Enné!"

François Villon, además de ser un gran poeta, en quien comienza la lírica moderna francesa, era un destacadísimo ladrón, asesino y hampón. Anduvo en mazmorras, hizo el amor a ilustres barraganas de no menos ilustres clérigos, conoció la tortura y estuvo a punto de conocer la horca. Le indultaron, no sabemos si por poeta o porque alguna relevante meretriz puso en juego todas sus influencias, y, en su vida azarosa, habla con desenfado de damas que distaban bastante de merecer el dictado de virtuosas.

Para justificar a Villon hay que trasladarse al siglo XV francés, época feroz y sombría, sucesiva a guerras con los ingleses que habían despertado en el pueblo el fondo de barbarie; época de costumbres brutales y corruptelas en la cual los crímenes eran sucesos banales. Entonces, la Universidad de París, con sus privilegios, era refugio de malhechores amparados en su agilidad de espíritu para burlar a la Justicia. Los frecuentes delitos de los escolares -robos y crímenes- eran juzgados por las autoridades eclesiásticas, las cuales absolvían, en la mayor parte de los casos, a los delincuentes. En este ambiente se desarrollaba la vida del poeta, y este Villon es el inmortalizador de Isabeau, la "neska" que dijo: ¡enné!.

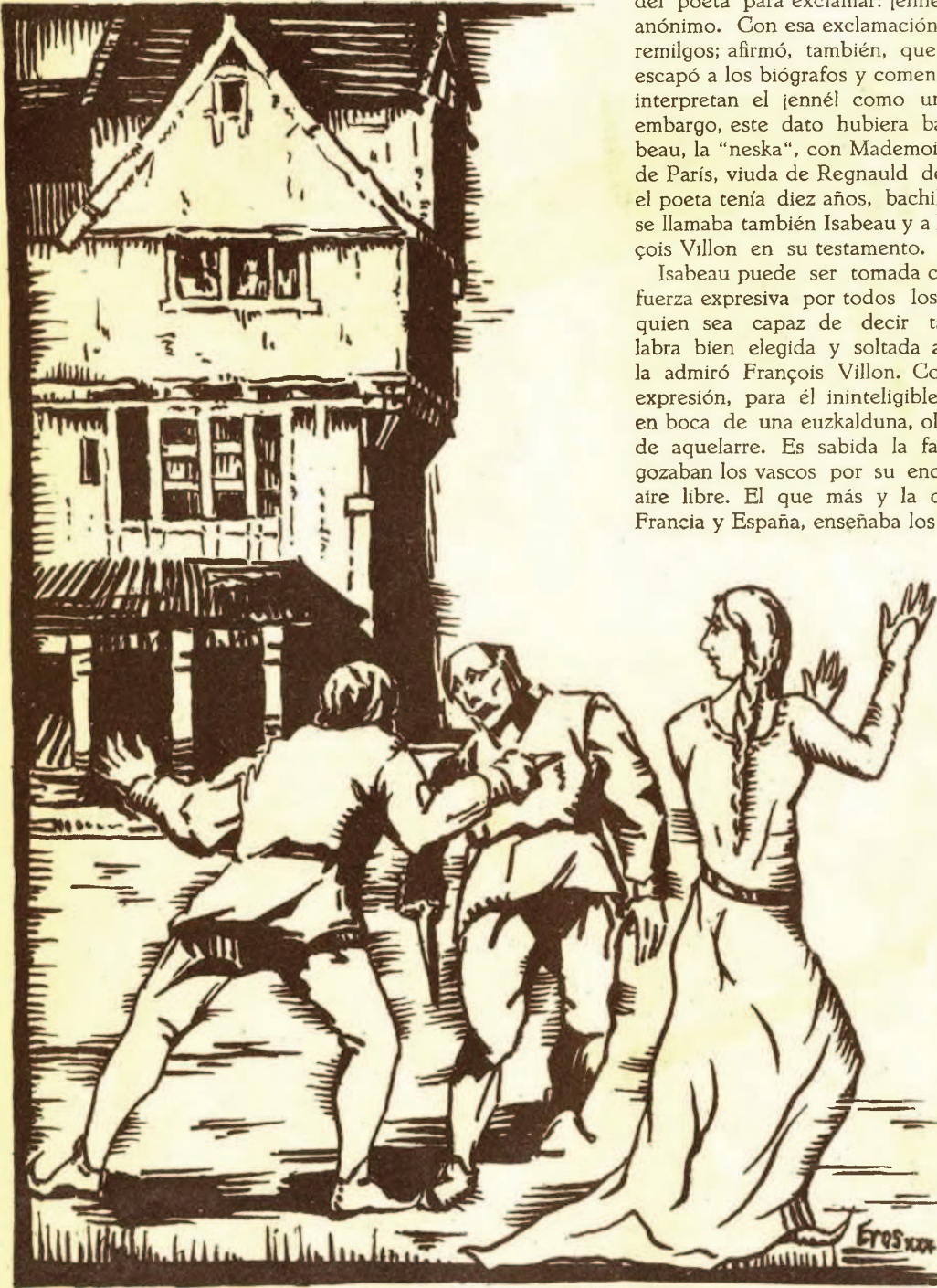
No debemos escandalizarnos por verla en tan comprometedor compañía. Villon mismo nos lo da a entender al incluir a Isabeau entre las buenas chicas de familia, y nosotros mismos estamos dispuestos a creer lo que, en este sentido, dijo el gran poeta del siglo XV.

.....
**Testmoing Jaqueline et Perrette,
Et Isabeau, qui dit: ¡Enné!**

.....
(François Villon. "LE GRAND
TESTAMENT", oct. CXXXIX).

Francis Carco, que ha hecho de la figura de Villon -siguiendo la comparación de Anatole France- un Verlaine de la décimoquinta centuria, hace hablar a Isabeau como a una ingenua. "Je suis sage" contesta a las proposiciones deshonestas del poeta. Nadie duda de que era una muchacha honrada, puesto que Villon mismo lo dice. -Item et a filles de bien, Qui ont père es, mères et antes..."- pero, ¡cuánto más expresivo el poeta que el biógrafo novelista! ¡Enné! le hace decir el poeta, y esa palabra refleja el pasmo, no exento de satisfacción, con que la "neska" escucha las proposiciones atrevidas del pícaro.

La exclamación debió hacerle gracia a François Villon y le quedó grabada, como todos los acontecimientos de aquel



día de Corpus en que la garrida "neska" la dejó escapar.

Ese día de Corpus estaban Isabeau, Villon y un clérigo llamado Gilles sentados cerca del claustro de San Benito. En lo mejor de su charla apareció, descompuesto y colérico, jurando como un carretero, el canónigo Sermoise, a quien el poeta había birlado su querida, Katherine de Vauselles. Insultó a Villon, le empujó, tiraron ambos de daga, Sermoise partió a Villon el labio inferior y éste clavó su daga en una nalga del canónigo, rubricando el golpe con una pedrada en la cabeza, puñalada y pedrada que bastaron para mandar a Sermoise al otro mundo.

Isabeau y Gilles se pusieron en pie y salieron por pies. Es posible que entonces también exclamara Isabeau: ¡Enné!

Y eso es todo. Isabeau aparece un momento en la vida del poeta para exclamar: ¡enné!, y vuelva a hundirse en el anónimo. Con esa exclamación afirmó que era honrada sin remilgos; afirmó, también, que era vascongada, detalle que escapó a los biógrafos y comentadores de Villon, los cuales interpretan el jenné como un juramento de la época. Sin embargo, este dato hubiera bastado para confundir a Isabeau, la "neska", con Mademoiselle de Bruyères, burguesa de París, viuda de Regnaud de Thumery en 1441, cuando el poeta tenía diez años, bachillera, charlatana y beata, que se llamaba también Isabeau y a la que tampoco olvidó François Villon en su testamento.

Isabeau puede ser tomada como ejemplo de concisión y fuerza expresiva por todos los hombres de letras. No hay quien sea capaz de decir tantas cosas con una palabra bien elegida y soltada a punto. Por eso, tal vez, la admiró François Villon. Como poeta supo apreciar la expresión, para él ininteligible, pero que sonaba bien, y en boca de una euzkalduna, olía a cosa de brujas y a grito de aquellarre. Es sabida la fama que en aquel entonces gozaban los vascos por su endiablada afición a reunirse al aire libre. El que más y la que menos, para el vuigo de Francia y España, enseñaba los cuernos de macho cabrío o

el palo de la escoba para cabalgar por los aires.

¿Y qué le dejó en su testamento Villon, el ladrón poeta, a nuestra paisana Isabeau? A decir verdad, no se muestra muy espléndido con las chicas honradas. A él, juerguista y hampón, le tiraban más la "grosse Margot" y las hosteleras complacientes. Empieza por decir que no le queda nada por dejar a las chicas formales, pero compadecido de su necesidad, les hace un legado, que, en castellano del día, podríamos traducir: A Jaqueline, Perrette e Isabeau, la que dice: ¡Enné!, que les den dos duros, y que se los den los frailes, que tienen demasiados.

Esto ocurría hace quinientos años.

Pida Vd. siempre GALLETAS OLIBET